

Camposanto

Conrad Aiken

A la memoria de. En recuerdo de
En memoria del muy amado. En su
Recuerdo. Muerto en octubre. Muerto en el mar.
¿Quién se murió en el mar? El nombre de aquel puerto
Se le escapa, arrastrado por el viento del este,
Sobre tumbas y tejos, voló entre los manzanos,
Sobre el camino, donde reluce una carreta,
Y se fue. Desde el mar trota el viento del este
Con sal y con gaviotas. La marisma, además,
Huele fuerte en septiembre, juncos y fango, juncos
Crujiendo como huesos.

Se pasa las tijeras de podar
De una mano a la otra, poda y poda la hierba.
La columna truncada, truncada con cuidado, donde
Se ríe el mirlo hembra – a la memoria de.
¡Burden! ¿Quién fue este Burden que hemos de recordar?
¿O Potter, ese Potter rehusado por el pote?
«Aquí yace Josephus Burden, que abandonó
Este mundo el cuatro de agosto, mil novecientos.
“Y Dios le dijo: ven”». Josephus Burden, de cuarenta,
Irreverente, grueso, manos fuertes, peludas,
Y orejas rojas retorcidas, con pelo, y de ojos azul norte,
En una mano un martillo, en la otra
Un clavo. Lo clavó... ¿Fue suficiente?
¿O es que también amó?

Se cambia
De mano las tijeras. No cortan. La hierba está mojada

Y se pega a los filos. A la memoria de
Cuatro cadenas cercan la cripta, muy pesadas. ¿Qué posibilidades

Tienen los esqueletos? Los muertos salen por la noche,
Hacen sonar los eslabones. «¡Demasiado pesadas! No se pueden mover...

Otra vez, todos juntos. ¡AHORA!... Es imposible».

Se sientan en lo oscuro, sin luna, hablan tranquilamente.

«Fue el viejo Jones, sin duda, quien hizo estas cadenas.

¡Me gustaría verlo ahora levantarlas!... » El búho

Que caza en Wickham Wood viene a ver, y maúlla.

«Un búho, dice uno. «Seguro», dice otro.

Ladean sus cabezas cenicientas.

La brisa trae el roto

Sonido de campanas entre tejos y tumbas, hace sonar

Las volutas de bronce en las piedras al sol.

Sagrada... A la memoria... Tu muy querido... Oh Dios,

Cuánta parodia. El mirlo ensucia

La columna truncada; el gusano en el cráneo

Se da un festín de médula; y el impúdico tordo

Tritura un caracol en la cripta. Murió embarcado; entonces,

¿qué mejor que una tumba en el mar?

De rodillas,

Hincada contra el césped, poda y poda,

Con el mundo sujeto entre las dos rodillas, medita

Hacia abajo, como si sus pensamientos, tal hombres o manzanas,

Ya maduros cayeran a la tierra. Azul de mar, sus ojos

Se vuelven hacia el mar. Son carroñeras las gaviotas,

De cara cruel, pero al fin bellas. En el embarcadero

Los juncos crujen, moviéndose con el viento del este, crujen

Como huesos. A la memoria de. Dios mío,

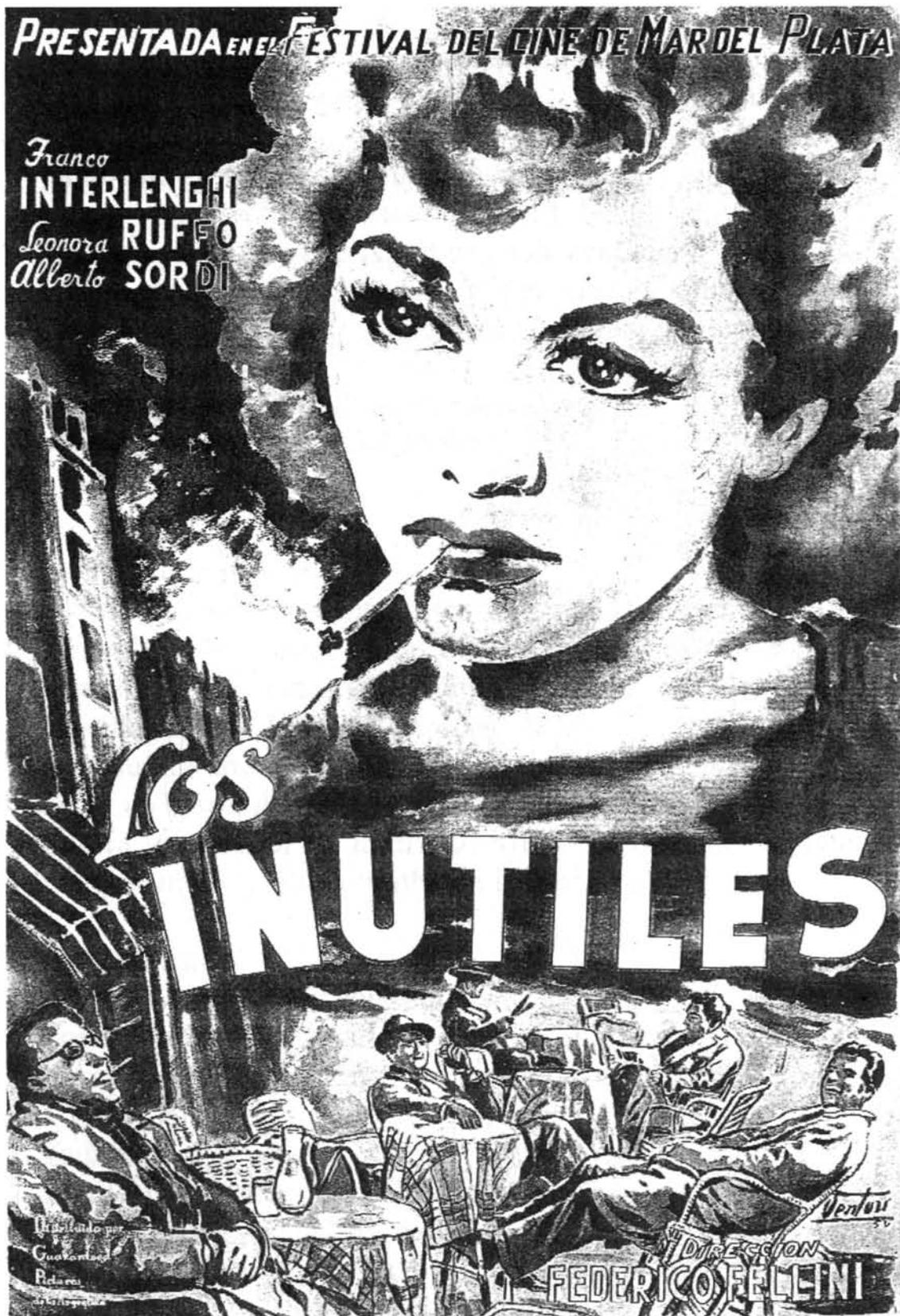
La vida es lo que es, y no cambia.

Tú ahí en la tierra, y de rodillas yo encima de ti.

Tú muerto ya, yo viva.

Ella pica un llantén
De raíces demasiado ambiciosas. Ese tejo tan grande
Sujeta la colina.
Se alza de sus rodillas
Entumecidas, rígidas, pisa el camino de guijarros que baja
Al mar y a la ciudad. El olor a marisma
Sube sano y salado, y llena su nariz. Los juncos bailan
Con el viento del este, crujen; las currucas se cruzan,
Brillando en el vaivén de los juncos, y cantan.

*Traducción de Carmen Toledano, revisada
por el Taller de Traducción Literaria*



Fto Cromo F. Springer. Nacionalidad del cartel: Argentina